

se llama Chupas, saliendo del término de Guamanga, que era muy áspero para pelear, y allí en Chupas estuvo tres días sin cesar de llover, porque era en medio del invierno, y siempre la gente estaba armada y apercebida, porque tenían cerca los enemigos; y determinó de dar la batalla, pues no se tomaba otro medio. Y porque sintió que mucha de su gente estaba escandalizada desde la batalla de las Salinas, diciendo que su majestad no la había tenido por buena, pues por haberla dado tenía preso á Hernando Pizarro, le pareció justificar la causa y satisfacer la gente; con que en presencia de todos firmó y pronunció sentencia contra don Diego, dándole por traidor y rebelde, y condenándole á muerte y perdimiento de bienes á él y á todos los que con él venían, y con esta sentencia requirió á todos los capitanes, mandándoles que para lo ejecutar le diesen favor y ayuda. Y otro día sábado, á hora de misa, dieron al arma los corredores, porque ya los enemigos venían muy cerca y habían dormido dos pequeñas leguas de allí y caminaban desviado por la parte izquierda del real, para unas lomas llanas, por desechar unas ciénagas que estaban delante del real de Vaca de Castro, y llevaban intento de tomar la villa de Guamanga antes que rompiesen la batalla, porque tenían por cierta la victoria, según la gran pujanza de artillería traían, y llegando tan cerca, que los corredores se pudieron hablar y aun tirarse con los arcabuces, Vaca de Castro envió al capitán Castro con cincuenta arcabuceros, que con ellos trabase escaramuza en tanto que las banderas subían por unos recuestos que habían de pasar con gran temor, porque si don Diego revolviere les hiciera muy gran daño con la artillería, porque allí descansó toda la infantería; y porque no se detuviesen, y subiese presto la gente á tomar lo alto, Francisco de Carvajal, sargento mayor, ordenó que cada bandera por sí arremetiese la cuesta arriba, sin guardar orden hasta estar en lo alto, porque deteniéndose en el camino no le hiciese daño, y así se hizo; y llegaron á lo alto al tiempo que ya los arcabuceros de Castro habían trabado escaramuza con la retaguardia de don Diego, que todavía no cesó de caminar hasta asentar el real y ponerse en orden para dar la batalla.

## CAPITULO XVIII.

De cómo Vaca de Castro movió los escuadrones contra don Diego para dar la batalla.

Después que Vaca de Castro vido toda su gente en lo alto del recuesto, y que no había mas de una pequeña loma, mandó al sargento mayor que ordenase los escuadrones, y él lo hizo. Y Vaca de Castro los fué requiriendo y les dijo que mirasen quiénes eran y dónde venían y por quién peleaban, y que la fortaleza de aquel reino estaba en sus fuerzas y esfuerzo, y que si fuesen vencidos no podían escapar de la muerte él y ellos, y que si venían, demás de hacer lo que eran obligados como leales y servidores de su rey, quedarían señores de sus haciendas y repartimientos, y que los que no los tenían, él en nombre de su majestad se los encomendaría, y que para eso quería el Rey la tierra, para la dar á los que lealmente le sirviesen, y que bien veía que á tan nobles caballeros y esforzada gente como allí estaba no había menester exhortarlos y darles esfuerzo; antes tomarle él

dellos, como le tomaba, de manera que él iría en la delantera á romper la primera lanza. Y á esto todos le respondieron muy animosamente que así lo harían y que primero quedarían hechos pedazos que se dejasen vencer, porque cada uno tomaba este negocio por suyo; y los capitanes hicieron grande instancia con Vaca de Castro que no fuese en el avanguardia, porque en ninguna manera lo consentirían y que se quedase en la retaguardia con treinta de á caballo, para poder socorrer adonde viese mayor necesidad, y así lo hizo; y viendo que no había sino hora y media hasta la noche, quisiera que la batalla se dilatara para otro día; mas el capitán Alonso de Albarado le dijo que si aquella noche no se daba, que se perdería, y que pues ya la gente estaba determinada, que no aguardase á que tomase otro segundo acuerdo. Y así, Vaca de Castro siguió su parecer, temiendo todavía la falta del día, y dijo que quisiera tener el poder de Josué para detener el sol. Y estando en esto comenzó á disparar la artillería de don Diego, y porque para acometerle no podía bajar la gente camino derecho sin rescibir mucho daño en la bajada, poniéndose como en terrero, el sargento mayor y Alonso de Albarado buscaron por la parte izquierda una segura entrada que bajaba á un valle, por donde pudieron ir á los enemigos sin que la artillería los cogiese, porque toda pasaba por alto; y los escuadrones bajaron ordenados desta manera: que la parte derecha llevaba Alonso de Albarado que con su compañía guardaba el estandarte real, de que era alférez Cristóbal de Barrientos, natural de Ciudad-Rodrigo y vecino de la ciudad de Trojillo, y á la parte izquierda iban los cuatro capitanes Pedro Alvarez Holguin y Gomez de Albarado y Garcilaso de la Vega y Pedro Anzures, llevando cada uno muy en orden sus estandartes y compañías, yendo ellos en la primera hilera; y en medio de ambos escuadrones de á caballo iban los capitanes Pedro de Vergara y Juan Vélez de Guevara con la infantería, y Nuño de Castro con sus arcabuceros salió adelante por sobresaliente, para trabar la escaramuza y recogerse en su tiempo al escuadron. Vaca de Castro quedó en la retaguardia con sus treinta de caballo, algo desviado de la gente; de manera que podía ver dónde había mas necesidad en la batalla, para socorrer, como lo hizo.

## CAPITULO XIX.

De cómo se rompió la batalla de Chupas.

En tanto que la gente de Vaca de Castro iba caminando hácia los enemigos, y á vista dellos siempre le tiraban con la artillería, aunque los tiros pasaban por alto; tanto, que don Diego sospechó que el capitán Candia, que llevaba á cargo el artillería, había sido sobornado, y que adrede subía al punto; y así, arremetió á él, y él mismo por su mano le mató. Y asentando el un tiro, le metió en el escuadron y mató alguna gente; lo cual viendo el capitán Carvajal, y considerando que la artillería que ellos llevaban no podía andar tanto como la necesidad demandaba, acordaron de dejarla sin aprovecharse della, y alargaron el paso; y á aquella hora don Diego, sus capitanes Juan Balsa y Juan Tello y Diego Mendez, y Malaver y Diego de Hocés, Martín de Bilbao y Juan de Olea, y los demás, tenían su gente de caballo en dos es-

escuadrones, y en medio el de la infantería, y delante el artillería, asendada hácia la parte por donde Vaca de Castro los había de acometer. Y pareciéndoles que era flaqueza estar parados, movieron los escuadrones y el artillería hácia la parte donde venía Vaca de Castro, contra voluntad de Pedro Suarez, su sargento mayor, que, como hombre práctico en la guerra, era de parecer contrario; y en viendo mudar el artillería, los juzgó por perdidos, porque donde primero la tenían había delante campo en que podían jugar y hacer mucho daño á los enemigos hasta que llegasen á ellos; y yéndose metiendo adelante, acortaban el campo y la ocasion que tenían de poder jugar y hacer daño en los contrarios; y así, se fueron á poner junto á la asomada por donde se había de mostrar Vaca de Castro, de manera que hasta que llegasen muy cerca la artillería no los pudiese coger, por ser mas bajo el sitio por donde venían, y defenderles la tierra que estaba en medio. Y así, Pedro Suarez, sargento mayor, viendo que no tomaban su parecer, arremetiendo con su caballo, se pasó á la parte de Vaca de Castro. En este tiempo Paulo, el hermano del Inga, acometió á la gente de Vaca de Castro por la parte izquierda, con muchos indios de guerra, tirándoles muchas piedras y varas. Mas, como los arcabuceros sobresalientes mataron algunos dellos, luego huyeron; y por aquella parte salió Martín Corte, capitán de arcabuceros de don Diego, con su compañía, y trabóse entre él y los del capitán Castro una escaramuza; y así, fueron los escuadrones paso á paso al son de los atambores hasta á asomada, donde estuvieron parados en tanto que disparaban la artillería, que tiraba tan apriesa, que no daba lugar á que rompiesen, y aunque estaba bien cerca della, les pasaba por alto, y si veinte pasos fuera mas adelante, les diera de lleno; pero todavía la infantería de Vaca de Castro rescibió mucho daño, porque estaba en parte mas alta, donde les cogían las pelotas, porque un tiro llevó toda una hilera é hizo abrir el escuadron, y los capitanes pusieron gran diligencia en hacerlo cerrar, amenazando de muerte á los soldados con las espadas desenvainadas, y se cerró. En esta sazón el sargento mayor Francisco de Carvajal estorbaba á los capitanes que rompiesen hasta que hubiese disparado el artillería, y subiendo un poco el recuesto los de caballo, los sobresalientes de don Diego mataron á Pedro Alvarez Holguin y á Gomez de Tordoya con dos pelotas, y herían y mataban otros. Y viéndose el capitán Pedro de Vergara herido de un arcabuz, comenzó á dar voces contra los escuadrones de caballo, diciendo que rompiesen antes que peresciese toda la infantería que estaba puesta al tetrero; y luego los trompetas hicieron señal de romper, y arremetieron los escuadrones de á caballo de Vaca de Castro contra los de don Diego, que los salieron á rescibir animosamente, y los unos y los otros se encontraron de suerte, que casi todas las lanzas quebraron, quedando muchos muertos y caídos de ambas partes; y dejadas las lanzas, se mezclaron los unos con los otros, hiriéndose muy crudamente con las espadas y con porras y hachas, y aun algunos peleaban con hachas de partir leña, dando á dos manos tales golpes, que donde alcanzaban no bastaba defensa ninguna. Y así pelearon hasta que, desfalleciéndoles los alientos, descansaron un

poco. Los capitanes de infantería de Vaca de Castro arremetieron con los de don Diego, metiéndose por la artillería, yendo delante animándolos el capitán Carvajal, y diciéndoles que no hubiesen miedo al artillería, pues no le daba á él, siendo tan gordo como dos dellos; y porque no pensasen que lo hacía en confianza de las armas, se quitó de presto una cota de malla y una celada que llevaba, y la arrojó en el campo; y quedando en un jubon de lienzo, con una partesana arremetió delante contra el artillería, y todos le siguieron; de suerte que la ganaron, matando muchos de los que la guardaban; y arremetieron con los contrarios, haciéndolo tan valerosamente, que la mayor parte de la victoria se les atribuyó. Y cuando esto pasaba la noche escureció, y casi no se conocían sino por el apellido, y los de caballo tornaron á su pelea; y ya la victoria se iba mostrando por Vaca de Castro, cuando él con los treinta de caballo arremetió hácia la parte izquierda, donde estaban dos banderas firmes de don Diego, y aun gritando por sí la victoria; caso que todas las otras banderas y gente de don Diego se iban retrayendo de vencida. Y como Vaca de Castro rompió en ellas, se trabó de nuevo una pelea, adonde hirieron y derribaron algunos de aquellos treinta, y mataron al capitán Jimenez y á N. de Montalvo, natural de Medina del Campo, y otros caballeros; y como los de Vaca de Castro porfiaron tanto, don Diego y su gente volvieron las espaldas de arrancada, y los de Vaca de Castro fueron hiriendo y matando en ellos, y los del capitán Bilbao y un Cristóbal de Sosa, de la parte de don Diego, fué tanto lo que sintieron ver volver las espaldas á los suyos, que se arrojaron en los enemigos como desesperados, hiriendo á todas partes, diciendo cada uno por su nombre: «Yo soy Fulano, que maté al Marqués;» y así anduvieron hasta que los hicieron pedazos; y muchos de los de don Diego se salvaron con la escuridad de la noche, tomando de algunos muertos la seña, porque los de Vaca de Castro llevaban banderas coloradas y los de don Diego banderas blancas; y así, quedó la victoria conocidamente por Vaca de Castro, como quier que antes que llegasen á las manos murió mucha mas gente de parte de Vaca de Castro; tanto, que don Diego tuvo por suya la victoria; y á todos los españoles que huyeron por un valle los mataron los indios, y á ciento y cincuenta de caballo de don Diego, que se fueron huyendo á Guamanga, que estaba dos leguas de allí, los desarmaron y prendieron los pocos vecinos que en la villa habían quedado. Y don Diego y Diego Mendez se fueron huyendo al Cuzco, donde los prendió Rodrigo de Salazar, vecino de Toledo, que era su mismo teniente, y Anton Ruiz de Guevara, que era alcalde ordinario de la ciudad. Y así feneció el mando y gobernacion de don Diego, que en un día se vió señor del Perú y en otro le prendió su mismo alcalde de su propia autoridad. Y esta batalla se dió á 16 días de septiembre de 1542 años.

## CAPITULO XX.

De cómo Vaca de Castro dió gracias á su gente por la victoria que habían habido.

En gran parte de la noche no se pudo acabar de recoger el ejército, porque andaban ocupados en saquear



las tiendas de los de don Diego, donde hallaron mucho oro y plata, y mataron algunos que se habian escondido ó estaban heridos. Mas, después de todos recogidos, pensando que los de don Diego se tornaran á rehacer, estuvo toda la infantería apercebida, y asimismo la gente de á caballo. A Vaca de Castro se le pasó la mayor parte de la noche en alabar toda la gente y ejército en general, y dando particulares gracias á cada soldado porque tan bien lo habia hecho. En esta batalla hubo muchos capitanes y soldados que grandemente se señalaron, especialmente don Diego, que por salir con aquella empresa, que tan justa le parecia, por ser en venganza de la muerte de su padre, hizo mas que su edad requeria, porque seria de edad de veinte y dos años, y con él algunos de su ejército; y tambien se señalaron muchos de Vaca de Castro por vengar la muerte del Marqués, con quien tanta fe tuvieron, que respecto de hacerlo valientemente ningun peligro dejaba de acometer. Murieron de ambas partes cerca de trescientos hombres, y entre ellos muchos capitanes y personas señaladas, especialmente Pedro Alvarez Holguin y Gomez de Tordoya, que por mostrar señaladamente sus hechos en aquella batalla iban con unas ropas de terciopelo blanco, llenas de cha-perías de oro, sobre las armas, en que fueron luego conocidos y muertos por los arcabuceros, como está dicho. Y tambien se señalaron Alonso de Albarado y el capitán Carvajal, el cual, sin temer ningun peligro, se metió por el artillería, donde eran tan espesas las pelotas de los arcabuceros que le aguardaban, que parecia imposible dejarle de acertar alguna; y así, menospreciando la muerte, parece que huyó dél, como suele acaecer en todos los peligros y seguir al que mas la teme, como se vió en aquella batalla, que un mancebo, no osando entrar en ella, de temor, se fué á esconder tras una peña, y saltando un pedazo della del golpe de una pelota, le hizo piezas la cabeza, de que murió. Los principales que se señalaron, así en esta batalla como en los otros negocios donde dependió, fueron el licenciado Carvajal, Francisco de Godoy, Diego de Aguilera, Nicolás de Ribera, Hierónimo de Aliaga, Juan de Barbaran, Miguel de la Serna, Lope de Mendoza, Diego Centeno, Melchior Verdugo, Cristóbal de Barrientos, Gomez de Albarado, Gaspar Rodriguez, don Gomez de Luna, Pedro de Hinojosa, Francisco de Carvajal, don Pedro Puertocarrero, Alonso de Cáceres, Diego Ortiz de Guzman, Sebastian de Merlo, Francisco de Ampuero y otros muchos; demás de los cuales se señalaron algunos de la parcialidad del Adelantado, que, como está dicho, siguieron á Vaca de Castro por tratar en nombre de su majestad este negocio; los principales de los cuales fueron Pedro Alvarez Holguin, don Alonso de Montemayor, Juan de Sayavedra, Martin de Robles, Lorenzo de Aldana, don Cristóbal Ponce de Leon, Pablo de Meneses, Vasco de Guevara, el contador Juan de Guzman, Diego Nuñez de Mercado, Pero Lopez de Ayala, Diego Becerra, Diego Maldonado, Juan Garcia, Diego Gallego, Francisco Gallego, Pero Ortiz, Alonso de Mesa, Dionisio de Bobadilla, Luis Garcia de San-Mames, Garci Gutierrez de Escobar, Márcos de Escobar, Juan de Horbaneja, Diego de Ocampo, y otros muchos; á los cuales, ó á los mas dellos, Vaca de Castro dió de comer al tiempo que

repartió la tierra, porque decia que aquellos lo habian merecido señaladamente, pues habian dejado sus particulares pretensiones y afición por seguir á su majestad y su real voz y servicio.

## CAPITULO XXI.

De la justicia que hizo Vaca de Castro de los de don Diego.

Aquella noche de la victoria sobrevino tan grande helada, que muchos de los heridos murieron de frio; porque á solo Gomez de Tordoya, que no era muerto, y á Pedro Anzures, que estaba herido, se les pudieron dar tiendas porque aun no era llegado el carruaje. Otro dia de mañana Vaca de Castro mandó curar mas de cuatrocientos heridos que habia, é hizo enterrar los muertos y llevar los cuerpos de Pedro Alvarez y Gomez de Tordoya á sepultar á la villa de Guamanga suntuosamente; y aquel mismo dia hizo degollar algunos de los presos que habian sido en la muerte del Marqués; y cuando otro dia fué á Guamanga, el capitán Diego de Rójas habia degollado á Juan Tello y á otros capitanes. Y Vaca de Castro cometió la ejecucion de la justicia de los demás al licenciado de la Gama, el cual ahorcó y degolló cuarenta personas de los mas culpados, y á otros desterró, y á todos los demás perdonó; por manera que serian justiciados hasta sesenta personas. Dióse licencia á todos los vecinos que se fuesen á sus casas, y Vaca de Castro se fué al Cuzco, donde hizo nuevo proceso contra don Diego, y dende algunos dias le degolló; y Diego Mendez se soltó de la cárcel con otros dos de los presos, y se fueron con el Inga á aquellas montañas que llaman los Andes, que por la aspereza de la entrada son inexpugnables. El Inga los rescibió alegremente, mostrando mucho sentimiento de la muerte de don Diego, porque le era muy aficionado, y como tal le envió al camino, cuando supo que pasaba, muchas cotas de malla y coseletes y coracinas, y otras armas de las que habia tomado á la gente que venció y mató de los cristianos cuando iban en socorro de Gonzalo Pizarro y Juan Pizarro al Cuzco, enviados por el Marqués (como arriba hemos dicho); y siempre trajo indios disfrazados en el campo, que le avisasen del suceso de la batalla.

## CAPITULO XXII.

De cómo Vaca de Castro envió á descubrir la tierra por diversas partes.

Vencida la batalla de don Diego, y pacificada la tierra, le pareció á Vaca de Castro que no se podia derramar la gente de guerra, ni habia con qué gratificarlos á todos, si no fuese enviándolos á conquistas y entradas por la tierra; y así, mandó al capitán Vergara que con la gente que habia traído se tornase á su conquista de Bracamoros; y envió al capitán Diego de Rójas y á Felipe Gutierrez, con mas de trescientos hombres, hácia la parte de oriente á descubrir la tierra, que después poblaron, que corresponde al rio de la Plata; y con un Monroy envió un socorro á la provincia de Chili al capitán Pedro de Valdivia; y envió al capitán Juan Perez de Guevara á conquistar la tierra de Mullobamba, que él habia descubierta; y es una tierra mas montuosa que rasa, y nascen de las faldas de las montañas della dos grandes rios que tie-

nen las vertientes á la mar del Norte; el uno es de Marañon (de quien tanto arriba hemos tratado), y el otro el rio de la Plata. Los moradores de aquella tierra son caribes que comen carne humana, y es la tierra tan caliente, que andan desnudos, con solas unas mantas revueltas al cuerpo. Y allí tuvo noticia Juan Perez de otra gran tierra que hay pasadas las últimas cordilleras hácia el septentrion, donde hay ricas minas de oro y se crian camellos y gallinas como las de la Nueva-España, y ovejas algo menores que las del Perú; y todas las sementeras son de regadío, porque llueve poco en la tierra, donde hay un lago que tiene las riberas muy pobladas de gente, y en todos los rios hay unos peces de la hechura y tamaño de grandes perros; y así, comen y muerden á los indios que entran ó pasan cerca de los rios, porque ellos salen tambien por las orillas. Esta tierra tiene al rio Marañon hácia la parte del septentrion, y al oriente la tierra del Brasil, que poseen los portugueses, y al mediodía el rio de la Plata; y tambien dicen que

hay allí aquellas mujeres amazonas de que Orellana tuvo noticia; pues habiendo despachado Vaca de Castro sus capitanes á estas conquistas, estuvo en el Cuzco mas de año y medio repartiendo los indios que estaban vacos y poniendo en orden la tierra, é hizo ordenanzas en gran utilidad y conservacion de los indios. En este tiempo se descubrieron en las comarcas del Cuzco las mas ricas minas de oro que en nuestros tiempos se habian visto, especialmente en un rio que se llama Carabaya; tanto, que acontecia á un indio coger en un dia cincuenta pesos. Y toda la tierra estaba muy quieta, y los indios muy amparados y reparados de las grandes fatigas que rescibieron en las guerras pasadas. Y en este tiempo fué Gonzalo Pizarro al Cuzco, porque hasta entonces no se le habia dado licencia para ello. Y después de haber estado allí algunos dias se fué á las Charcas á entender en sus granjerías, hasta que vino el visorey Blasco Nuñez Vela, como en el siguiente libro se declarará.

## LIBRO QUINTO.

DE LAS COSAS QUE SUCEDIERON EN EL PERÚ AL VISOREY BLASCO NUÑEZ VELA.

## CAPITULO PRIMERO.

De las ordenanzas que su majestad mandó hacer para el gobierno de las Indias, y cómo Blasco Nuñez Vela fué por visorey al Perú para ejecutarlas.

En esta sazón, y algunos tiempos antes, hubo personas religiosas que, pareciéndoles moverse con buen celo, vinieron á informar á su majestad y á los señores de su real consejo de los grandes agravios y crueldades que los españoles generalmente hacian en los indios, así maltratando y matando sus personas, como llevándoles sus haciendas é imponiéndoles demasiados tributos, y echándolos á las minas y en pesquerías de perlas, donde perescian todos; y se iban disminuyendo y apocando de tal manera, que en breve tiempo no quedaria ninguno dellos en la Nueva-España ni en el Perú y en las otras partes donde los habia, como habian perecido en las islas de Santo Domingo y Cuba y San Juan de Puerto-Rico y Jamáica y en otras islas, donde ya no habia memoria de ninguno de los naturales; diciendo, para persuadir esto á su majestad, algunas crueldades que los españoles habian hecho en los indios, y aun añadiendo otras que no se tiene noticia haber acontecido. Y como una de las principales causas de donde se seguia esta destruición era las cargas que á los indios se hacian llevar, por la poca moderacion que en ello se tenia, y que los que principalmente habian excedido en todas estas cosas eran los gobernadores y sus tenientes, y los oficiales de su majestad, y los obispos y los monesterios y otras personas favorecidas y privilegiadas, que,

confiando en que no se habia de hacer justicia contra ellos, habian señaládose en todas estas cosas. Y el que principalmente insistió en esta informacion fué un religioso de la órden de Santo Domingo, llamado fray Bartolomé de las Casas, á quien su majestad proveyó del obispado de Chiapa. Oidas por su majestad todas estas cosas, y queriendo remediarlas, entendiendo que convenia así al descargo de su real consciencia, sobre esta informacion que le fué hecha mandó juntar con los de su consejo de las Indias otros muchos letrados y personas de consciencia, y habiendo tratádose entre ellos, y platicado y mirado con gran diligencia, se hicieron ciertas ordenanzas, con que les pareció que se remediaban todos los daños é inconvenientes que fray Bartolomé habia propuesto, mandando que ningun indio se pudiese echar en las minas ni á la pesquería de las perlas ni se cargasen, salvo en aquellas partes que no se pudiese excusar, y entonces pagándoles su trabajo, y que se tasasen los tributos que habian de dar á los españoles, y que todos los indios que vacasen por muerte de los que á la sazón los tenian, se pusiesen en la corona real, y que quitasen las encomiendas y repartimientos de indios que tenian los obispos de todas las Indias y los monesterios y hospitales, y los que hubiesen sido gobernadores ó sus lugartenientes y los oficiales de su majestad, sin que los pudiesen retener aunque dijese que querian dejar los oficios. Y particularmente se quitasen los indios en la provincia del Perú á todos aquellos que hubiesen sido culpados en las pasiones y alteraciones de entre don Francisco Pizarro y don Diego de Almagro;